

OPINION

por Michele castelli

AL QUE NO LE GUSTE, QUÉ SE VAYA

Varias veces un Ministro importante del gabinete ha repetido esta frase sin que ningún personero sensato del gobierno la haya cuestionado. Si tampoco la oposición ha reaccionado con la debida vehemencia, habrá que imaginarse que la han considerado una bravuconada más, salida de la boca por la impericia política. Muy bien. Interpretemos así el planteamiento y queda sancionado moralmente el autor del disparate. Sin embargo, al margen de consideraciones sobre la personalidad y las convicciones del declarante, mi piel sensible se ha dejado penetrar por el terrible anátoma llevándome atrás en el tiempo.

Como una película aprendida de memoria, cuadro por cuadro, volví a ver la escena de mi padre en el centro de la sala con el dedo en el gatillo de una pistola apuntada a su sien, mi madre rezando delante de un cuadro de un Jesucristo con el corazón en la mano y la mirada perdida en el vacío, y mi hermana agarrada a las piernas del padre gritándole que no lo haga. Eran tiempos duros en la Campobasso de la posguerra. No había alternativas: sucumbir o emigrar. Mi padre, finalmente, conmovido tal vez por la ingenua sonrisa del niño de cuatro años, que era yo, sentado en la sillita mecedora con su juguete de trapo, puso de lado la desesperación y optó por la segunda decisión, partiendo rumbo a Venezuela. Era un fatídico abril de 1950.

El trabajo tesonero día y noche comenzó a mostrar sus frutos. Primero una barbería humilde en La Vega con dos sillas usadas. Luego una muy moderna en el centro de Caracas. Más tarde una fábrica de arepas la primera en el país con hornos rotatorios. Años después el primer profesional de la familia. De allí en adelante: hijos casados, nietos venezolanos y el cuer-

po del pionero (y de la pionera) enterrados bajo la tierra negra del Cementerio del Este.

Allí tiene, pues, Ministro imprudente, la historia de una raíz de cuyo tallo robusto brotaron ramas madres, y otros ramos. Ramos a los que sin duda se les ha enseñado a amar el origen milenario, pero que mucho más aman a su patria venezolana que los ha visto nacer.

A las ramas, y a los ramos, no les gusta mucho lo que está pasando. Y no por ello son conspiradores. Quienes los conocen saben que aborrecieron abiertamente de la cuarta república, y buscaron con palabras y acciones un cambio necesario que garantizara más democracia, más participación, más seguridad social, más educación, cero corrupción, cero privilegios.

Especialmente las ramas, Ministro, se han ido decapitando poco a poco de la manera cómo en los últimos años se ha querido conducir la cosa pública. Primero, porque desempeñándose profesionalmente en la misma fuente de la que se sacaron a los principales actores civiles del gobierno, saben que la selección no fue la más acertada. En segundo término, porque no comparten la estrategia de la violencia como for-

ma de aniquilamiento del adversario, muy al estilo de las hordas fascistas de triste recordación. Y en tercer lugar, porque se está haciendo un uso nefasto, arbitrario, del acaparamiento de los poderes públicos. Si a todo esto se le agrega la terrible crisis económica que agobia al país, y que de manera particular golpea a los más necesitados, es decir a aquel sector de la población para cuyo mayor bienestar auspiciamos el cambio, entonces es evidente que lo que está pasando no puede ser de mucho agrado.

El hecho de que no nos guste, Ministro, no nos da como única opción la que nos vayamos. No. Queremos quedarnos acá porque acá lucharon nuestros padres, porque acá construyeron nuestro futuro con el sudor de la frente, porque acá nos integramos blancos negros y pardos para hacer todos juntos un país distinto, próspero, vigoroso, de vanguardia.

En vez de irnos porque no nos gusta como lo están haciendo, queremos que cambien, que rectifiquen.

Queremos una revolución pacífica y democrática verdadera que eduque para el trabajo, que estimule las inversiones internas y externas para crear más riquezas, que propicie el debate y la confrontación para decidir todos juntos el modelo de país que nos conviene, que tenga como ejemplo de desarrollo a los países que han logrado el máximo de felicidad para sus pueblos, que seleccione las mejores inteligencias para conducir los destinos de la Nación.

Esto es lo que queremos, Ministro. Y si algún día sus reflexiones lo conducen a entender que el rumbo que han tomado no es el adecuado, entonces se percatará no sólo de que acá no sobra nadie, sino que más bien hacen falta muchos más para que ayuden al despegue de las grandes realizaciones.

michelcastelli@csnpu.net